

LA FORMACIÓN DEL PERIODISTA A DEBATE: LAS SALAS DE REDACCIÓN Y LAS AULAS DE UNIVERSIDAD COMO ESCUELAS DE PERIODISMO. EL CASO CONCRETO DE GRAHAM GREENE.

Ruth Rodríguez Martínez

Universidad Pompeu Fabra de Barcelona

Profesora ayudante del Departamento de Periodismo Especializado

- 1. La formación del periodista a debate, entre la teoría y la experiencia.**
- 2. De la redacción del periódico de provincias a la del *The Times*.**
- 3. Conclusiones. El papel de la formación del periodista en la práctica del ejercicio periodístico**

1. La formación del periodista a debate, entre la teoría y la experiencia

Si bien el reconocimiento del periodismo como profesión es un recurrente motivo de discrepancia, la formación de los hombres de prensa también suscita divergencias entre aquellos que consideran que el ejercicio periodístico se aprende por la práctica y los que piensan que este ejercicio requiere una formación previa. A finales del siglo XIX países como Inglaterra tomaron conciencia de la necesidad de que los hombres de prensa contaran con una educación específica y, aunque fueron pocos los jóvenes que optaron por recibir estudios de tipo clásico, se crearon centros especializados en la enseñanza del periodismo. Por ejemplo, en 1890 el Instituto de periodistas abrió sus puertas con el objetivo de ofrecer la educación adecuada para aquellos que aspiraban a entrar en las redacciones. Tiempo más tarde, en 1948, la National Union of Journalists (NUJ) fundó un curso de periodismo de tres años de duración en el que los alumnos recibían formación sobre economía, cultura, instituciones, historia inglesa y prácticas en medios (Rigby, 1950: 37-40). Muy similar era el que se impartía en la National Council for the Training of Journalists, donde los alumnos también recibían durante un periodo de tres años experiencia práctica y

formación teórica en Inglés, Literatura, Legislación sobre prensa, las Instituciones y las cuestiones de actualidad (Sommerlad: 1965: 6-7). Inglaterra no supuso ninguna excepción en este sentido, ya que en otros países, como Francia, ya desde principios del siglo XX los periodistas sumaron a su sólida formación literaria y política una educación específica en periodismo. La primera escuela de periodistas francesa se abrió en 1899, estaba ubicada en el barrio Latino de París y formaba parte de los altos estudios sociales. Y en la universidad fue a partir de 1900 cuando se impartieron cursos dedicados a la redacción periodística, el reportaje o la entrevista (Ferenczi, 1993: 254).

Sin embargo, a pesar de que la oferta docente especializada en periodismo crecía, en las primeras décadas del siglo XX la mayoría de los aspirantes a redactores todavía creían más útil trabajar en las redacciones que aprender conceptos abstractos en las aulas. Estos jóvenes que soñaban con convertirse en redactores no ignoraban que en los periódicos importantes de Fleet Street los aspirantes a periodistas debían demostrar no tanto sus títulos académicos, como su experiencia como redactores. Lo que también ponían de manifiesto las biografías de los periodistas más importantes de la época (como por ejemplo Lord Northcliffe, que a los 16 años abandonó la escuela para ganarse la vida como reportero) y prestigiosos directores y editores como Joseph Pulitzer, James Gordon Bennett o William R. Hearst, que comenzaron su carrera en la prensa como humildes redactores (Chalaby, 1996: 306). La formación no garantizaba el acceso a la redacción de los diarios importantes y llegó incluso a convertirse en un inconveniente: a los veinticinco años los universitarios carecían de experiencia porque hasta ese momento se habían dedicado a sus estudios, mientras que aquellos que no habían recibido una formación universitaria, a esa edad, ya contaban con más de cinco años de práctica en los periódicos. Los jefes de redacción de los grandes periódicos preferían incorporar en sus plantillas a jóvenes que llegaban de otros periódicos y ya conocían el oficio, porque esto les evitaba invertir el tiempo y esfuerzo que requiere enseñar las rutinas del ejercicio periodístico. Además, la mayoría de los jefes de redacción carecían de una sólida formación y miraban con recelo la llegada a los periódicos de principiantes que pudieran saber más que ellos. Esta idea se ha mantenido en Inglaterra a lo largo de todo el siglo XX y prueba de ello es que hasta 1980 eran pocos los periodistas británicos que tenían un diploma universitario (Hallin y Mancini, 2004: 33, 222); lo que no ha impedido que en las últimas décadas se hayan creado tan sólo en la ciudad de Londres un gran número de centros que ofrecen

formación universitaria relacionada con el periodismo y la comunicación, entre otros: The London School of Journalism (cursos de posgrado), The City University, The London Goldsmiths College, University of London, Guildhall University, The London Institute, The London Metropolitan University o la University of Westminster.

Las reglas de juego estaban por tanto bien definidas, y aquellos que soñaban con ser periodistas y no tenían experiencia optaban por marcharse a un pequeño periódico de provincias o de los alrededores de Londres, donde se les permitiera trabajar para aprender el oficio, y después volver a la ciudad con los conocimientos prácticos necesarios. Para conocer de forma más cercana lo que ocurría en las salas de redacción se puede estudiar un caso concreto, el de Graham Greene, que fue uno de estos jóvenes universitarios que supo por propia experiencia que ningún periódico de Londres admitía en su redacción a un principiante. Esto lo pudo comprobar en su primera entrevista con Geoffrey Dawson, el editor del periódico *The Times*, quien le aseguró que en el periódico no aceptaban a nadie que no tuviera experiencia. Así recuerda Greene el encuentro con este editor en mayo de 1925:

“[Dawson] Me promete un trabajo si primero estoy un año en un periódico de provincias. Todo esto está muy bien pero seguramente significa un año sin sueldo. El cree que el *Yorkshire Post* es el mejor periódico para este propósito. ¿Tenemos alguien de la familia o algún enchufe allí?” (Sherry, 1989: 172).

El editor de *The Times* trató a Graham Greene como alguien que desconocía por completo el oficio de periodista, a pesar de que el escritor ya había escrito con regularidad en revistas de estudiantes como la *Saturday Westminster*, dirigida por Naomi Royde-Smith, y había sido editor de *Oxford Outlook*, revista fundada por Beverly Nichols.

2. De la redacción del periódico de provincias a la del *The Times*.

El primer contacto que Greene mantuvo con el periodismo fue durante sus estudios universitarios en Oxford. Después de escuchar uno de los ensayos del escritor, el decano de Balliol, que durante un tiempo fue su tutor, le sugirió que se dedicara al periodismo. El joven estudiante no tardó en hacer caso a esta recomendación, y comenzó a participar en *Oxford Outlook*, una revista universitaria mensual que había sido fundada en 1919 por Beverley Nichols y que, según el escritor, necesitaba una urgente modernización:

“Tan pronto como llegué a Oxford decidí, en compañía de una pequeña banda de hombres impertinentes, que Oxford necesitaba una nueva revista literaria que reflejara el nuevo espíritu de la universidad tras la Guerra... Se llamaba *Oxford Outlook* y la gente pagaba por ella media corona.” (Sherry, 1989:142).

Tras ponerse en contacto con el equipo de la revista, Greene comenzó a trabajar como editor. Quería que en esta publicación se reflejara el nuevo espíritu de la universidad y para ello desempeñó su papel con energía y entusiasmo. El escritor luchó por implantar sus ideas y muchas de sus decisiones fueron aprobadas. Por ejemplo, con Greene como editor, *Oxford Outlook* incluyó por primera vez ilustraciones, aumentó su tirada y ofreció un particular y atractivo seguro para aquellos que suspendían los exámenes. Mediante este seguro el estudiante debía enviar antes de los exámenes dos cupones que aparecían en la revista, esto aseguraba a Greene la venta de al menos dos ejemplares, y en el caso de suspender, el estudiante recibía como premio de consolación una cena gratis para dos personas en cualquier restaurante de Oxford. También pidió a su familia que se suscribiera a la revista para que los ingresos fueran mayores, y contrató a un grupo de hombres anuncio para que publicitaran la revista por las calles de Oxford. Los esfuerzos del escritor para mejorar la revista no pasaron desapercibidos a sus lectores, que desde el primer número que Greene editó, en noviembre de 1923, apreciaron la generosidad del autor para reconocer el talento de los demás. El escritor no dudó en ceder el espacio de la revista a autores de muy diverso tipo, entre otros, el

novelista Louis Golding, el poeta Quennell o los textos políticos de Claud Cockburn, y Joseph Macleod recuerda cómo Greene publicó, entre otros, cuatro poemas de Cavafis cuando el poeta aún no era conocido en Inglaterra (Sherry, 1989:142-147). Pero Greene no sólo tuvo oportunidad de ocuparse de los contenidos de la novela, sino también de su situación económica, lo que obligó al escritor a ser un editor idealista y ambicioso pero también práctico, como deja ver en esta carta a su madre:

“Hasta ahora hemos logrado tener 4 páginas más de anuncios lo que nos ayuda de forma considerable. Ahora las pérdidas son de 7 libras por revista, y las cuatro páginas extra suponen 2.10, pero tenemos garantizadas 5.50 libras por revista gracias a Frank Gray.” (Sherry, 1989:144).

En *Oxford Outlook* el autor tuvo la oportunidad de contar con una formación práctica como periodista muy completa, ya que debía tener en cuenta los contenidos y también los ingresos. En la actualidad este tipo de aproximación al ejercicio periodístico supone una excepción salvo en el caso de los *freelance*, ya que los redactores apenas tienen responsabilidades económicas en los medios en los que trabajan, y suelen estar cada vez más alejados de aquellos que toman este tipo de decisiones.

Antes de terminar sus estudios de Historia, Greene abandonó la revista, pero no la idea de dedicarse al periodismo. En una carta, con fecha del 8 de Febrero de 1925 (ese mismo año terminó sus estudios de Historia), Greene habló a su madre de la posibilidad de trabajar en *The Times*, pero, en esos momentos, el escritor no sabía que su experiencia en *Oxford Outlook* no significaba nada para los editores de *The Times*, y tendría que esperar un año y un mes (hasta el 10 de marzo de 1926), para ocupar un puesto provisional en el prestigioso diario. Antes de ser admitido en *The Times*, Greene necesitaba adquirir experiencia en un periódico de provincias y, consciente tras su entrevista con Dawson de que la carrera periodística debía comenzarse desde el escalón más bajo, a finales de mayo Greene se puso en contacto con aquellas personas que creía que podían tener influencia en el *Yorkshire Post*: escribió a un amigo que tenía en el *Glasgow Herald*, se puso en contacto con el *Bolton Journal* y el *Nottingham Journal*. Greene obtuvo respuesta de este último, el *Nottingham Journal*, que le ofreció un periodo de prácticas como sub-editor sin remuneración (ya que no tenía

experiencia), y del *Yorkshire Post*, para trabajar durante un periodo de tres meses a cambio de un pequeño salario. Pero convencido de la necesidad de adquirir experiencia como sub-editor para trabajar después en *The Times*, Greene aceptó la oferta del Nottingham en lugar de la del *Yorkshire Post*:

“No voy a poner en peligro mi futuro en *The Times* por un pequeño salario”. (Sherry, 1989: 233).

El escritor aceptó marcharse a Nottingham para trabajar, sin sueldo, como sub-editor en el *Nottingham Journal*, y en ese periódico Greene se ocupaba -desde las cinco y media de la tarde hasta la medianoche- de corregir los telegramas que llegaban, escribir las palabras que faltaban, puntuar, dividir en párrafos, quitar aquello que no era necesario, y en cuanto a las noticias locales, decidir si eran interesantes o no y, además, escribir los titulares:

“A cada tipo [de titular] se le denomina con un número. Hay ocho tipos diferentes. Cada uno cuenta con un número distinto de letras y los espacios se cuentan como una letra. El tipo más grande es para las noticias más importantes, y así hasta el menor. Primero decides qué tipo de noticias van a aparecer. Entonces piensas en titulares que atrapen al lector, con los aspectos más interesantes de las noticias y un número adecuado de palabras. Si eres listo puedes poner muchas letras “i” en un titular y entonces poner más letras. Pero si pones muchas “M” o “W” no puedes poner muchas letras.” (Sherry, 1989: 236).

En torno a las diez, Greene interrumpía su trabajo para reunirse con el equipo editorial del periódico, momento en el que el escritor tomaba conciencia del lugar en el que estaba:

“Nos sentamos en una mesa redonda, que preside el editor de Noticias, con los recortes de prensa y el lápiz azul, hablamos y fumamos, como si se tratara de una fiesta de familia. Y antes de las diez, alguien va a comprar dos peniques de patatas calientes, y el viejo irlandés calvo que se encarga de la sección de Deportes prepara el té. (...)”(Sherry, 1989: 237).

Aunque el escritor sabía que esta experiencia era decisiva para su futura carrera como periodista, porque este era el requisito que Geoffrey Dawson, editor de *The Times*, había pedido al escritor si quería encontrar trabajo como sub-editor en su periódico, tres semanas después de su llegada a Nottingham, Norman Sherry cuenta que Greene comenzó a sentirse desdichado y pensó abandonar la provincia para marcharse a Londres. Pero los sucesivos intentos del escritor de ingresar en *The Times* no tuvieron recompensa, y Greene tuvo que permanecer en Nottingham hasta marzo de 1926, fecha en la que abandonó esta ciudad para instalarse de forma definitiva en Londres. El escritor trabajó en realidad poco más de 4 meses en la redacción del *Nottingham Journal*, pero sus cartas dan muestra de la tristeza y soledad que sentía el joven en la pequeña provincia y llegó a afirmar: “No hay nada que hacer en este asqueroso lugar. Nada divertido, interesante, nada que merezca la pena ni medio penique.” (Sherry, 1989: 244-252). También en la redacción el joven autor se sentía solo, a pesar del aprecio que le tenían en el *Journal*, como explica el propio Greene:

“El director del suplemento literario era un ministro metodista que me trataba amablemente y que algunas veces me daba una novela para que la comentara. El *Journal* se sentía orgulloso de su tradición literaria: podían decir, tal vez, que era un diario vulgar, pero no podían negarle su condición bohemia.” (Greene, 1987, a): 139-140).

Cuatro meses después de comenzar en el *Nottingham Journal*, Greene volvió a probar suerte de nuevo en la redacción de *The Times* y se presentó en la sede del periódico. Pero nadie fue a buscar al escritor a la Sala de espera del diario, y deprimido y frustrado volvió a la redacción de Nottingham. Greene no perdió el ánimo y, tras el segundo fracaso con *The Times*, se puso en contacto con todos aquellos que podían

recomendarle o conseguirle una entrevista en otros periódicos importantes: Mann en el *Yorkshire Post*, Robert Lynd para el *Daily News*, Kenneth Bell para el *Telegraph* y el *Morning Post* o el Conde Bernstorff para el *Daily Telegraph* y el *Morning Post*. Pero antes de que se concretara nada, en marzo de 1926, le llegó la oportunidad que tanto tiempo había esperado. El 9 de marzo Greene recibió una carta de la redacción de *The Times* en la que le decían:

“Se unirá a la plantilla de los sub-editores de *The Times* durante un periodo de prueba de un mes a partir de mañana, 10 de marzo.” (Sherry, 1989: 282).

El caso de Greene muestra que seguir las reglas del juego que impone la prensa tiene su recompensa, ya que, tras cumplir con las pautas previstas, logró formar parte de una de las redacciones más prestigiosas de la prensa inglesa y, por entonces, del mundo, pero también que la realidad del ejercicio periodístico no siempre se corresponde con la imaginada, ya que Greene abandonó *The Times* y confesó sobre su experiencia en el periódico: “¡Qué poco había aprendido de la vida y de la política durante los tres años que pasé en la sala de redactores de *The Times*” (Greene, 1990, a): 19). El escritor tampoco adquirió en la redacción de *The Times* los conocimientos sobre el periodismo que esperaba, como tampoco en la del *Nottingham Journal*, donde su responsabilidad más importante era ir a la cantina:

“Los compañeros de trabajo fueron muy amables conmigo, pero no recuerdo que me instruyeran en ningún sentido. A media tarde organizábamos una quiniela sobre los resultados de los partidos de fútbol: cada uno contribuía con tres peniques y el ganador debía invitar a todos a patatas fritas y guardarse el cambio. Yo tenía una suerte desacostumbrada, puesto que, a eso de las ocho, por lo general, podía respirar unas bocanadas de aire fresco mientras iba a buscar las patatas fritas a la fonda.” (Greene, 1987, una especie: 139)

3. Conclusiones. El papel de la formación del periodista en la práctica del ejercicio periodístico

A diferencia de los que argumentan que el periodismo sólo se puede aprender por ósmosis y desprecian la formación académica del periodista (Kovach y Rosenstiel, 2003: 57), y en particular la educación universitaria porque no satisface las necesidades reales de la profesión (Sommerlad: 1965: 6-7), Greene reconoce que en el *Journal* no aprendió mucho y tampoco en *The Times*, y ésta fue una de las razones que le llevaron a dejar el periódico:

“En el *Journal* no ganaba nada y aprendía muy poco. Además volvía a recibir de nuevo una pensión de mi padre, cosa que no le resultaba nada fácil.”
(Greene, 1987, a): 147)

La decepción de Greene pone de manifiesto que, a pesar de que la educación del hombre de prensa aún se considera como optativa y no esencial a la práctica del ejercicio periodístico (Hallin, 1997: 125), no se requieren exámenes de acceso ni licencias y ningún comité de revisión de colegas juzga la competencia de los candidatos a periodistas, la formación por la experiencia no es suficiente en el ejercicio periodístico (Hallin y Mancini, 2004: 33). John Seeley Brown explica que “el periodista debe tener la capacidad para observar las cosas desde múltiples puntos de vista y el poder de llegar al fondo”, pero la práctica no enseña al periodista a reflexionar en profundidad, sino a verificar la información que es viable y mostrarla de forma ordenada al lector para que le llegue de forma eficaz (Kovach y Rosenstiel, ed. 2003: 33-34). El periodista debe ser sin lugar a dudas un buen técnico de la prensa y un buen escritor, capaz de expresarse de forma clara y concisa, pero esto no basta. Cada vez es más necesario que los redactores sean hombres cultivados con conocimientos profundos que les permitan constituirse no sólo en verdaderos especialistas, capaces de presentar los factores fundamentales de los problemas y apreciar su importancia, sino que puedan ligar los problemas unos con otros y situarlos en relación con la evolución de las sociedades y con el destino del hombre (Schwoebel, 1971: 67). El periodista

debe además “testimoniar toda la verdad, para luchar contra la pereza y la ignorancia en que el público se complace, contra los mitos que mantiene y las pasiones que lo animan” y para llevar a cabo esta función es preciso tener olfato, ingenio y experiencia, pero también una formación adecuada que ayude a los hombres de prensa a tomar conciencia del poder del instrumento que tienen entre manos. Esta conciencia es la que permite a los periodistas aceptar la responsabilidad de su profesión y emplear los periódicos como instrumentos de educación y progreso social constructivo, no como armas al servicio de intereses personales (Sommerlad, 1965: 5).

Como explica el periodista italiano Pansa, el hombre de prensa se encuentra en la actualidad *dimezzato* (dividido), lo que significa que pertenece en un cincuenta por ciento a él mismo y el otro cincuenta por ciento a poderes externos al periodismo como los propietarios de los medios, el poder financiero o los políticos. Cuando el redactor carece de formación especializada, el peso de los poderes externos aumenta porque en su ejercicio pierde su capacidad para contrastar la realidad, su libertad y autonomía, lo que le lleva a convertirse entonces en un mero transmisor. El periodista descubre con el ejercicio periodístico las limitaciones y monotonía de su oficio y con ella la rutina de la redacción, lo que le lleva a desilusionarse con su ocupación porque, a diferencia de la realidad que cada día muestra una cara distinta, observa cómo la actividad periodística se centra en una reducida cantidad de asuntos, que son tratados según un ritual establecido y unas pautas inamovibles, que responden más a la costumbre que a la necesidad que impone el asunto que se aborda.

Este comportamiento es criticado por aquellos periodistas que no se dejan llevar por la costumbre, sino que se colocan ante el mundo con la intención de eliminar toda noción preconcebida, que se proponen descubrir el mundo, verificar los hechos a través de su propia observación e investigación, y no buscan en la realidad la confirmación de sus opiniones hechas, ya que persiguen con independencia el impacto, originalidad y trascendencia de las noticias (Stephens, 1988: 32, 228-229). Sin embargo, esta rutina sí es pronto mimetizada por un gran número de periodistas que, como explica José Luis Dader en su artículo “Los pecados capitales (crónicos) del periodista en su construcción de lo público”, reconocen que hacen lo que les mandan sus superiores y consideran la mimetización que hay en las redacciones como una actitud natural.

Para José Luis Dador, esto ocurre porque los hombres de prensa carecen de una “formación teórica estratégica que les permita siquiera imaginar otras formas alternativas de ejercitar sus tareas o replantear en términos operativos el rol social asumido.” (Dader, 2002: 182-183). Esto nos lleva a pensar, por tanto, que la formación específica del periodista se presenta como necesaria porque es la que garantiza la independencia y libertad de su capacidad de acción, a diferencia del aprendizaje por la experiencia, que lleva a los redactores a mimetizar comportamientos que frenan la aparición de nuevas formas de concebir el periodismo y hacen perdurar las rutinas existentes sin poner en cuestión su validez y pertinencia.

Bibliografía

CHALABY, Jean K., (1996), “Journalism as an Anglo-American invention. A comparison of the Development of French and Anglo-American Journalism, 1830-1920”. *European Journal of Communication*, Septiembre, pp. 303-323.

DADER, José Luis, (2002), “Los pecados capitales (crónicos) del periodista en su construcción de lo público”, en Raúl Peñaranda (ed.), *Retrato del periodista boliviano*, Bolivia, Cebem.

FERENCZI, Thomas, (1993), *L’Invention du journalisme en France*, París, Plon.

GREENE, Graham, (1987), *Una especie de vida*, Barcelona, Seix Barral.

GREENE, Graham, (1990), *Inglaterra me hizo así*, Madrid, Debate.

HALLIN, Daniel, (1997), “Comercialidad y profesionalismo en los medios periodísticos estadounidenses”. Cuadernos de información y comunicación, Madrid, Otoño, pp. 123-144.

HALLIN, Daniel, y **Paolo Mancini**, (2004), *Comparing Media Systems: Three models of media and politics*, New York, Cambridge University Press.

KOVACH, Bill, y **ROSENSTIEL, Tom**, (2003), *Los elementos del periodismo*, Madrid, Ediciones El País.

RIGBY, Charles, (1950), *The staff journalist*, London, Isaac Pitman & Sons.

SCHWOEBEL, Jean, (1971), *La prensa, el poder y el dinero*, Barcelona, Dopesa.

SHERRY, Norman, (1989), *The life of Graham Greene (1904-1939)*, Vol. 1, London, Jonathan Cape.

SOMMERLAD, Lloyd, (1965), “La formation professionnelle en matière d’information”. París, Departamento de Información de la Unesco, Número 45.

STEPHENS, Mitchell, (1988), *A history of news*, New York, Viking.